

HUMANIDAD Y CALENDARIO CÓSMICO, UN GOL SOBRE LA HORA

Alejandro Larriera

Carl Sagan fue, en mi modesta opinión, el más relevante comunicador científico de los últimos años de la historia de la humanidad. Tuvo la increíble habilidad de explicar la ciencia, de una manera tan sencilla, que hasta yo, siendo bastante joven por entonces, pude empezar a creer que la entendía y a la vez a entusiasmarme. Independientemente de que hablase de astronomía, biología o física cuántica, todo parecía lógico, contundente, y a veces tristemente inevitable, como la muerte por ejemplo, o eventualmente la de los planetas. También supo alimentar la esperanza, siendo por ejemplo uno de los directores del proyecto Voyager, que fue esa especie de botella de náufrago que se arrojó al océano cósmico en el año 1977, con informaciones sobre nuestro planeta y parte de nuestra cultura, y con la ínfima esperanza de establecer contacto con otras civilizaciones, asumiendo que la nuestra se pueda considerar como tal. En la misma línea, fue el director del proyecto SETI, que aún funciona en la búsqueda realista de inteligencias extraterrestres, esperando alguna señal de radio que finalmente aclare si estamos o no solos en el universo. Carl Sagan murió en 1996, cuando tenía sólo 62 años de edad.

Entre otras muchas otras cosas escribió "El cerebro de Broca", y "Los Dragones del Edén", y en su último libro: "El mundo y sus demonios", se ocupó de desenmascarar toda la charlatanería a la que lamentablemente nos hemos ido acostumbrando, o peor, volviendo casi adictos. Aunque en realidad Sagan se hizo famoso, y casi popular, por su serie televisiva "Cosmos", que a la inversa de lo que suele ocurrir, luego se transformó en libro, y en objeto de culto para millo-

nes de personas entre las que orgullosamente me cuento. La mayor parte de los capítulos de la serie está disponible en You Tube para los que quieran educarse vía Internet. El del origen del universo por ejemplo, con esa frase que dice: "al final, todos somos sólo polvo de estrellas", todavía me conmueve. Pero si tengo que elegir algo contundente, que nos ponga en nuestro lugar, y que nos permita pensar en perspectiva sobre lo que somos y lo que hacemos, en relación a lo que podríamos ser, y de hecho deberíamos hacer, me quedo con el calendario cósmico.

Lo que hizo Sagan fue tomar todo lo que es la historia conocida del universo desde su origen, supuestamente hace unos 15.000 millones de años en el gran estallido (o Big Bang), y ordenar los hechos conocidos desde entonces, en un año calendario actual, o sea en un almanaque. Sí, ya sé que probablemente usted ya lo escuchó antes, o vio alguna referencia en la tele, o algún docente lo usó para alguna clase. A pesar de eso, le pido un poquitito de paciencia y un par de minutos de su tiempo, tanto para refrescar el tema, como para tomar contacto con él por primera vez si es el caso, porque creo que al menos por un rato, el calendario cósmico nos da una perspectiva realista de lo que los humanos representamos en la historia del planeta, y de que la verdad, no somos tan importantes y definitivos como creemos, lo cual además de conovernos, debería ayudarnos a actuar de manera más humilde y solidaria.

Si tomamos este almanaque que propone Sagan, el 1º de enero a las 00:00 horas, se produce el Big Bang, o la explosión inicial del huevo cósmico que dio origen

al universo, en tanto que la Vía Láctea, la galaxia donde habitamos, no se forma sino hasta el 1o de mayo. El día 2 de septiembre, se forma el Sistema Solar, mientras que la Tierra, nuestra casa, no aparece hasta el 14 de septiembre.

Recién para el 25 de septiembre, lo que sería luego del día de la primavera en nuestro almanaque, las primeras formas de vida aparecen sobre el planeta. Los fósiles más antiguos que conocemos, y que hoy se pueden identificar como bacterias y algas, quedan depositados sobre la superficie para el 9 de octubre. Iniciado el último mes del año, el primero de diciembre se empieza a acumular en la atmósfera el oxígeno, y para el 16 de diciembre se encuentran gusanos en el fondo de los mares terrestres. El 19 de diciembre aparecen primero los vertebrados primitivos, y el mismo día pero un rato después, los primeros peces. El 21 de diciembre, en nuestro inicio del verano, llegan los primeros insectos, y los animales empiezan a poblar la Tierra.

El 23 de diciembre (un día antes de noche buena, si nos ubicamos en nuestro calendario habitual) las tierras se cubren con selvas, y entre sus habitantes aparecen los primeros reptiles. Al día siguiente, 24 de diciembre, cuando nosotros estamos viendo qué vamos a hacer para la noche de navidad, aparecen los dinosaurios, que dominan el planeta hasta el día de los inocentes, en el que se extinguen. Justamente el 28 de diciembre, unos minutos antes de que eso ocurra, aparecen los primeros mamíferos, y un poquito más tarde, las primeras aves, que hoy de hecho son para muchos la estirpe de los dinosaurios.

¿Se dan cuenta de que se nos termina el

año y todavía no aparecimos nosotros? Recién el 29 de diciembre, tarde a la noche, aparecen los primeros primates, y hay que esperar hasta el 31 de diciembre a las 11 de la noche, (cuando en la cena de fin de año ya estamos empezando con el postre), para que aparezca el *homo sapiens*. A las 23:59:00, un minuto exacto antes del brindis, en este almanaque imaginario, el hombre comienza a vivir en la edad de piedra, y 20 segundos después nace la agricultura. Cuando faltan 4 segundos para los fuegos artificiales, o para los pitos, como decíamos antes, y ya la gente está con las copas en las manos, nace Jesús. El 31 de diciembre a las 23:59:59, cuando el apurado que nunca falta se adelantó un segundo en el golpe de las copas, Cristóbal Colón descubre América.

Sí, la verdad que impresiona, sobretodo porque hemos sido educados como la cumbre de la creación, con el convencimiento de que todo lo que existe es por y para nosotros, aunque en la práctica, comparada con el universo, toda la historia de la humanidad entra holgadamente en el último minuto del último día de un año calendario. Apenas un gol sobre la hora.

Si agarramos un almanaque cualquiera, ese que tenemos colgado en la oficina, o el que está en la puerta de la cocina de casa por ejemplo, podemos hacer el ejercicio de recorrer con el dedo, desde el primero de enero hasta el 31 de diciembre, los 365 días. Después agarramos un lápiz, y en el último cuadradito, el del último día del año, le hacemos un punto en el extremo de la derecha. Nos alejamos un par de pasos y le pegamos una mirada. Ahí nos damos cuenta de que el puntito casi no se ve en todo el almanaque. Bueno, ese puntito contiene la historia de toda la humanidad, desde la edad de piedra, pasando por el imperio egipcio, hasta las cruzadas, el renacimiento, la guerra de la independencia, el nazismo, la dictadura militar y el menemismo. Contiene también todas

nuestras miserias recientes y actuales, como la falta de seguridad, las inundaciones, los accidentes de tránsito, y por supuesto, las promesas incumplidas e incumplibles de los antes candidatos y ahora gobernantes. Si le pegamos otra mirada al almanaque, nos damos cuenta de que todo lo que queda a la izquierda del puntito, es un enorme período de tiempo en el que el universo existió, sin los seres humanos, y la verdad, hay que reconocer que se las arregló bastante bien.

El tema es que acá estamos ahora, parados en este primer segundo de un nuevo año, mirando para dónde agarramos, con toda nuestra historia metida en un punto del calendario cósmico. Seguimos haciendo las mismas macanas que antes, o aún peores, ya que cada vez somos más, y hay menos espacio para el error. Lejos de quietarse los demonios de los que hablaba Sagan en su último libro, hoy parecen potenciarse, los Gelblund, los Rial, los Tinellis, los futbolistas y las botineras son personalidades, y la ciencia en ocasiones parece más al servicio de los negocios inmediatos, que al del bienestar del común de la gente. En las discusiones por el cambio climático, cada vez se ve menos vocación por proponer soluciones definitivas, y en el planeta en general, mientras los ricos cada vez son más ricos, los pobres no sólo cada vez son más, sino que además son también más pobres. El socialismo es un eslogan para enmarcar cortes de cintas con saco y corbata, y el ché Guevara un logotipo en una camiseta.

Einstein dijo hace ya varias décadas, que nunca podremos solucionar los problemas que tenemos, si seguimos pensando igual que cuando los provocamos. La cuestión es, ¿estamos dispuestos a cambiar? Si lo hacemos, y no como una gran revolución, sino empezando por cada uno, habrá alguna posibilidad de que ese puntito que hoy somos en el almanaque se transforme en una línea del nuevo calendario, si no, seguramente un grupo

de insectos evolucionados en 500 o mil millones de años, nos mencionará como a quiénes tuvieron un reinado poderoso, pero mucho, muchísimo más breve que el de los dinosaurios. Con la ventaja para los docentes del futuro, de que ya no habrá que buscar en ningún meteorito la respuesta, sino en nuestras propias torpezas y necesidades.

Todas las especies disponen del instinto de supervivencia, tanto individual como colectivo, aunque nosotros hoy sólo parecemos tener el individual.

Si usted está leyendo esto medio a las apuradas, seguro que no parece muy optimista, pero si lo piensa, o lo lee bien, se va a dar cuenta de que sin ser un canto a la vida, es un llamado optimista a la reflexión, ya que si bien está claro que todos los problemas están en nosotros, allí mismo también están las soluciones. No, no se confundan, no me voy a poner en pastor ni nada parecido, si alguien necesita de la religión, cualquiera sea esta, para pensar en el bienestar general, bienvenido, pero también lo puede hacer sobre la base de que ya que sin pedirlo, estamos hoy acá, por qué no nos aseguramos de que quiénes nos siguen, también sin pedirlo, dispongan de los mismos o mayores beneficios y oportunidades que los que tuvimos, por pocos que ahora nos parezcan.

Para acrecentar las posibilidades de que el nuevo calendario que comienza nos contenga, sería muy bueno iniciar al menos con las cosas simples. Si tiramos la basura en todos lados no podemos esperar más que mugre, y si votamos a un estúpido, ¿por qué pedir algo más que estupideces? Reclamemos, exijamos, y elijamos bien, pero también hagamos nuestra parte, conscientes de nuestra insignificancia, y a la vez de nuestra grandeza. Podemos elegir el final del vermut con papas fritas como decía Tato, pero también el de mirarnos para adentro, sí como individuos, pero para afuera como comunidad, aunque sea de vez en cuando.